

Sábado XV del TO Ciclo B



20 de julio de 2024

Miq 2, 1-5

Sal 9

Mt 12, 14-21

P. Eduardo Suanzes, msp

En el relato que íbamos siguiendo de Mateo, ahora tocaría el episodio en el que Jesús cura, en sábado, a un hombre con un brazo atrofiado en la sinagoga (Mt 12, 9-13). Pero La Liturgia se lo salta y nos lleva al episodio de ahora, que sucede inmediatamente después de aquél.

Y comienza el relato de hoy con la intención de los fariseos de querer matar a Jesús por el episodio de la sinagoga. En el momento en que los fariseos deciden hacer morir a Jesús, consumando de esta manera la negación más radical de su autoridad, Mateo nos va a presentar no solamente una simple afirmación de esta autoridad, sino una reinterpretación original de la autoridad mesiánica con la ayuda de uno de los cantos del Siervo de Isaías. Estos versículos están, pues, bien colocados aquí; demuestran que entre Jesús y el judaísmo oficial no hay sólo un conflicto, un simple choque de autoridades, sino un malentendido mucho más grave: se enfrentan dos concepciones del cumplimiento de las Escrituras; dice Mateo: «Así se cumplió lo que dijo el profeta Isaías»...¹

Enterado, pues, del propósito de sus adversarios (que quieren acabar con él), Jesús se retira. Muchos lo siguen. La curación de éstos está en paralelo con la del hombre del episodio anterior y tiene su mismo significado. De hecho, cambia la localización, pero Mateo no señala el cambio de día. Sigue, por tanto, la actividad en sábado, con lo que el evangelista está diciendo que Jesús libera a los hombres del yugo de la Ley. Presta ayuda a todo el que lo necesita, y, según este pasaje, todo hombre necesita ayuda («los curó a todos»).

También vemos cómo Jesús les prohíbe que descubran su actividad. En realidad les ordena, con una expresión muy fuerte² (en griego) que se callen. Esto nos muestra cómo a Jesús le interesa por encima de todo el que la gente no se confunda con la realidad de su mesianismo. Una vez más, no se trata de algo espectacular y grandioso, sino que lo que le interesa (como indicará Mateo a continuación con el texto de Isaías) es lo silencioso, lo callado, lo sencillo...la ausencia de ruido en su misión.

Es entonces cuando el evangelista introduce una cita bastante extensa³ de Isaías (42, 1-4). ¿Por qué Mateo transcribe aquí una cita tan extensa? De haberle interesado únicamente la acción oculta y silenciosa de Jesús, le hubiera bastado el v. 19: «No altercará, no gritará, no voceará por las calles» como cita. Por eso hay que tratar de entender toda la cita en el contexto del evangelio. La cita de Isaías no afecta sólo al hecho aislado de la retirada de Jesús y a la orden de silencio; el pasaje «dibuja» más bien «al Cristo integral». Mateo inserta, pues, la cita porque desea abrirnos los ojos a sus lectores, recordarnos en este punto de su evangelio, con ayuda de la Biblia, el conjunto de la historia de Cristo. Pero ¿qué les desea recordar?, hay que preguntarse⁴

¹ Cfr. PIERRE BONARD. *Evangelio según San Mateo.*, p.274. Ed. Cristiandad. Madrid, 1975

² *Ibid.*

³ Es la cita más larga del Antiguo Testamento en el Evangelio de Mateo

⁴ Cfr. ULRICH LUZ, *El Evangelio según san Mateo, II.*, p.322. Ed. Sígueme. Salamanca 2001:

Para empezar, el término en griego empleado por Mateo para la palabra «siervo» de Isaías es «país» (παῖς), que viene a significar niño, hijo propio, joven, muchacho, criado..., rara vez siervo⁵. Atendiendo a este significado y considerando las escenas del Bautismo en el Jordán (3,16s) y de la Transfiguración de más adelante (17,5), parece que el sentido de «hijo» es más adecuado al de siervo. Así lo entendieron con toda probabilidad sus lectores de su comunidad. Porque en el resto del Evangelio de Mateo no hay ninguna cristología propia que tenga que ver con el «siervo» de Isaías. Al contrario, él sí que conoce y propone una cristología del Hijo de Dios. La comunidad apostólica debió de entender esta frase bajo la luz de su realización en la teofanía (= manifestación de Dios) del Jordán⁶.

Entonces «*Mirad a mi hijo*» parece indicar, en la teología de Mateo, que es como si el Padre presentara a su Hijo al mundo. «*Mi elegido,.., mi amado...mi predilecto*», se corresponde perfectamente con la escena del bautismo. Además, «*mi amado*» es prácticamente sinónimo de «hijo único» Vemos que, leyendo así el pasaje, nosotros los lectores estamos siendo retrotraídos, por la cita de Isaías, al inicio de la historia de Jesús, al bautismo, al mismo punto donde Dios mismo había revelado al mundo a su querido Hijo.

«*Sobre él pondré mi espíritu*»... En la perspectiva de AT, el Espíritu de Dios es Dios mismo en cuanto fuente de vida y energía que se comunica al hombre para capacitarlo en vista de una determinada misión. También en la escena del bautismo llega Jesús al Jordán dispuesto a hacer su compromiso hasta la muerte y, por tanto, consciente de su misión mesiánica. Es al salir del agua cuando recibe la investidura con el Espíritu de Dios que desciende una vez que el cielo se ha rasgado.

La misión para la que lo capacita y a la que lo impulsa el Espíritu es anunciar el derecho a las naciones. La obra salvadora del Mesías no se circunscribe al pueblo de Israel.

El Mesías no será un agitador ni un líder de masas. Así justifica Mateo con la Escritura la actitud de Jesús, su retirada y la prohibición de divulgar su actividad que dijimos antes. Lo que busca Jesús en cambio es encontrarse con los que necesitan su ayuda. Su empresa no se realizará, pues, con las armas o con la fuerza, sino con un nuevo estilo, el del Espíritu: suavidad y mansedumbre, («*aprended de mí que soy manso y humilde de corazón*», 11,29) pues «*no quebrará la caña cascada ni apagará el pábilo vacilante*». Lo que está para extinguirse no acabará de apagarlo. Una caña cascada es un desecho, el pábilo humeante de un candil hay que apagarlo y recortarlo, o debe ser sustituido. Esto no lo hace el Hijo de Dios, Jesús. ¿Qué hace él? Cuida lo cascado y deja que la luz mortecina alumbre.

Resumiendo: Mateo describe en este pasaje su idea del Mesías. Es aquel que, gracias a la abolición de la Ley mosaica, que paraliza al hombre y crea el obstáculo entre Israel y los demás pueblos, llega a establecer una humanidad justa. Esto se hace por la fuerza del Espíritu que en él habita y actúa. Mateo responde aquí a la tercera tentación del desierto. No será el Mesías un ambicioso que busca el litigio y usando la fuerza se disputa con otros el poder ni que pretenda apoyarse en la popularidad con las masas; su labor será paciente y buscará promover el bien de los débiles, sin perder nunca la esperanza. Su camino será el del amor desinteresado que cura y ayuda al

⁵ Cfr. JAMES SWANSON. *Diccionario de Idiomas Bíblicos. Griego. Nuevo Testamento*, p. 231 Logos Research Systems, Inc.

⁶ Cfr. JUAN MATEOS Y FERNANDO CAMACHO. *El Evangelio de Mateo. Lectura comentada*. Ed. Cristiandad. Madrid, 1981

hombre. La descripción de Mateo, respuesta a la tercera tentación, nos previene a nosotros, los discípulos, sobre cómo hemos de promover también nosotros el reinado de Dios⁷.

Por otro lado, la cita de Isaías es un documento precioso para comprender la fe y la «piedad» cristológica de aquellos judeo-cristianos, en cuyo ambiente se fraguó la catequesis según Mateo. La traducción, cuidadosamente matizada, de las primeras palabras marca una línea consciente de paralelismo con la proclamación de la «Voz» celeste así en el Jordán (3, 17) como en el monte de la Transfiguración (17, 5). Ambas teofanías proclaman la «vocación» de Jesús «según las Escrituras». Una vocación que consiste, por tanto, en asumir, como Hijo de Dios, la misión y destino de aquel Siervo de Yahveh anunciado por el Profeta⁸.

⁷ *Ibid.*

⁸ Cfr. ISIDRO GOMA CIVIT. *El Evangelio según San Mateo*. Vol I. Ed. Facultad de Teología de Barcelona, 1980